

PASCUALA IVANOVITCH

PASCUALA IVANOVITCH

I

A bordo del *Temerario*, bajel de
S. M. Británica, Golfo de Catta-
ro, 4 Octubre 1880.

Las dos de la noche. La paz profunda, el recogimiento íntimo de *la guardia de media noche á cuatro de la madrugada*. Instantes melancólicos del oficio de los marinos, en que en el silencio, en la calma de las veladas, el pensamiento, desprendido de todo, mira de una manera elevada las cosas de la vida.....

Estamos en Cattaro: país nuevo, situación impre-

vista. Hémos aquí formando parte de una *escuadra europea*, como jamás ha existido otra.

Las dos de la noche. Una gran tranquilidad ha sucedido á las agitaciones, á las salvas, al estrepitoso ceremonial de la llegada.

Ilumina la luna una bahía admirable, donde el agua dormita inmóvil; proyecta claridades rosadas sobre las grandes rocas, y corta con sombras los relieves de las prodigiosas montañas suspendidas sobre las aguas.

El aire de la noche es tibio, y la tierra envía olores de mirto. Parece un paisaje soñado.

Todas aquellas formas negras, que parecen monstruos dormidos sobre el cristal de la mar, son barcos acorazados; es la *escuadra internacional* que ocupa en este momento á los políticos de todos los gabinetes de Europa.

Los acorazados duermen. Cada media hora, cuando suenan sus campanas, se oye en tonos diferentes el grito soñoliento de los marineros de guardia repetido en todos los idiomas. Y luego, las últimas voces mueren una tras otra, y todo vuelve á caer en absoluto silencio.

II

Martes 5 de Octubre.—Apenas hemos tenido tiempo de contemplar á plena luz este país nuevo, al que nos trae la casualidad y en el que permaneceremos quizá largo tiempo, esperando la resolución de las cuestiones del Montenegro, la Grecia y la Albania.

Este país de los slavos tiene un aspecto bien fantástico. Alrededor de la bahía, cerrada como un lago, las montañas son altas, abruptas, salvajes, con pequeñas aldeas esparcidas por sus bosques.

Y detrás y más alto que todo esto hay algo sombrío que sube hasta el cielo, como si fuese la gigantesca muralla de un mundo: son las montañas oscuras del Montenegro, calcinadas, desgarradas, como restos espantosos del caos.

En el lejano horizonte están inmóviles, en imponente actitud.

Delante de nosotros y á la orilla del mar hay una aldea: es Baozich.

Cattaro está lejos, oculta tras las montañas, en el fondo de otra bahía que no se vé.

¿Qué haremos nosotros aquí si tenemos que pasar el invierno?

III

Domingo 10 de Octubre.—Ya hace ocho días que estamos aquí. Poco á poco se acostumbra la vista á estas terribles masas de piedra inmóviles en el horizonte; se familiariza con estos bosques, con estos paisajes, con la fisonomía montaraz de este rincón de la tierra.

El otoño en este país es cálido y límpido; el verdor en las montañas toma tintes admirables.

Hoy es día de descanso á bordo. Los marineros, muy limpios, con sus trajes de lienzo, juegan como niños ó se arrastran boca abajo sobre los puentes, que están tan blancos y limpios como la madera nueva.

De un barco á otro se examinan curiosamente con

anteojos. Es, en efecto, nuestra escuadra muy singular: á nuestro lado franceses; más lejos, austriacos; más aún rusos, alemanes, italianos, amigos todos por el momento y reposando tranquilos sobre el mar azul.

Es domingo, y hace un verdadero día de fiesta: ni una nube en el cielo, ni un soplo en el mar. A nuestro lado, las grandes montañas bañadas por el sol están silenciosas.

Los aldeanos de los pueblos inmediatos han venido para ver esta escuadra admirable. Algunos han venido de muy lejos, hasta de Scutari y del Montenegro, y las barcas de los pescadores de Baozich no son bastantes para conducirlos.

Nosotros los ingleses, con los franceses nuestros vecinos, somos los que recibimos más visitas; estas gentes tienen la opinión de que los demás nos son inferiores.

Llegan hasta nosotros barcas llenas de dálmatas, de montenegrinos, con su cara de bandidos, vestidos de terciopelo bordado de oro, y de albaneses, á quienes quiero, porque me hablan en la lengua de Stambul.....

La noche se aproxima; las cimas de las moles de piedra del Montenegro toman un tinte rojo oscuro, en seguida un violeta pronunciado.

Después todo se extingue, y no se ven ya en el aire más que siluetas lejanas, admirables de atrevimiento y de altura.

Llega la noche y salto á tierra. Paso por la aldea de Baozich, por delante de la posada sombría donde cenan los bateleros. Por un sendero ya conocido me voy á la montaña.

Subo y subo entre la espesa obscuridad de los árboles, y me detengo cerca de una cabaña aislada, en un cercado de olivos.

Allí me espera una muchacha joven, que lleva el traje de las mujeres de la Herzegovina, pobre guardesa de cabras y corderos, que se sienta cerca de mí con toda su inocencia, con todo su candor de semi-salvaje.

Me cuenta cosas infantiles, en un italiano mezclado con palabras slavas, que me cuesta gran trabajo comprender, y me deja todas las noches, cuando desde una choza próxima una voz temblorosa de vieja llama: «¡Pascuala! ¡Pascuala!.....»

Pascuala Ivanovitch entra dócilmente en la habitación, se acuesta sobre su cama de brezo y se duerme.

Pobre niña, nada quiero de ella—nada más que mirarla, porque es muy linda—como miro las flores raras que brotan aquí, en los bosques.

En los primeros momentos huía, como hacen todas ellas. Ahora su terror ha pasado, y somos grandes amigos hace tres días.

IV

Pascuala Ivanovitch, nombre italiano y apellido del Norte. Los slavos de las orillas del Adriático se han apoderado de algunas palabras del lenguaje de los italianos y de un poco de su acento; les han tomado, sobre todo, su tinte más bronceado y más cálido.

Los ojos grises de esta niña tienen un no sé qué de vago, de brumoso, de septentrional, peculiar de su raza, y que forma el encanto de ciertos ojos rusos. Pero sus mejillas están doradas por el sol, como albaricoques maduros, y sus cabellos, muy rubios, destacan su tinte claro sobre el moreno color de sus sienes.

Su traje se compone de un justillo con lentejuelas

de cobre, que deja ver una camisa plegada, y de un jubón, que tiene un burdo cinturón de cuero abrochado con hebilla de metal. Cubre su cabeza un gorro rojo, al cual va unido por detrás un velo blanco.

Ha nacido al otra lado de las montañas, en la sombría Herzegovina; no tiene ya padre ni madre, y los viejos aldeanos, con quienes vive, son sus amos.

V

Miércoles 13 de Octubre.—Maniobra, zafarrancho de combate. Todo el aparato de los grandes ejercicios de escuadra.

Un tiempo muy cubierto, muy sombrío, muy pesado, con principio de tormenta. Las gigantescas masas de piedra gris que caen á plomo sobre la mar tienen aspecto siniestro bajo este cielo melancólico.

A las cinco el servicio estaba terminado. He comido y cambiado rápidamente de traje para ir á reunirme con Pascuala en el cercado de los olivos.

Pascuala Ivanovitch permanece largo tiempo echada sobre el musgo, con la cabeza sobre mis ro-

dillas, en ademán de dormir. Y yo siento latir muy fuertemente su corazón bajo mi mano, y veo que no duerme. Le hablo dulcemente en italiano, y me responde en slavo, con palabras entrecortadas, como el que está mal despierto.

Pascuala Ivanovitch dice, contando por los dedos, que sólo tiene diecinueve años; esta es la edad que yo le atribuía, pues está ya formada; sin embargo, cuando habla se diría por la voz que era una niña. Huele á heno segado, á establo, á las yerbas de la montaña, y también un poco á los corderos que guarda. A toda luz su velo blanco y su corpiño parecerían rotos, ajados, sucios por la tierra de los caminos; por la noche todo es lindo, todo parece bien sobre la yerba del campo.

Cuando Pascuala mueve la cabeza se oye un ruido metálico, producido por la bisutería de cobre y por las arracadas y agujas colgantes que sujetan el velo á la tela de su gorro rojo.

Ha debido tener más de una aventura con los pastores de Baozich, y, seguramente, ha entregado ya su cuerpo que quema. Tiene sencilleces y desvergüenzas de niño pequeño. Es muy bella, y su busto es puro como el de una estátua.

Se está bien en este bosque de olivos. En el suelo hay musgo seco, líquen, hojas caídas.

Es noche oscura; se siente, sin embargo, que se está en un sitio elevado, que domina la mar desde lo alto, así como la escuadra europea.

Llegan los ruidos lejanos de los tambores y los pífanos, campanadas, músicas rusas, himnos austriacos, gigas inglesas (1), cantos de marinero en todos los idiomas. A distancia, todo esto se confunde y se mezcla al ruido general, el canto de los grillos de la campiña.

¡Qué paz en la obscuridad de este bosque!..... Se diría que todos estos barcos se han reunido á nuestro alrededor para darnos este concierto vago y extraño. Y, sin embargo, su extraña reunión representa la agitación de la política, la amenaza terrible de una guerra general, de un conflicto europeo.

¡Qué paz en la obscuridad de este bosque! El tiempo está otra vez despejado, los olivos dibujan sobre el cielo estrellado sus hojas como un fino encaje negro. La tierra huele bien, cantan los grillos, el corazón de Pascuala palpita siempre muy fuerte bajo mi mano..... Son nuevas para mí estas pala-

(1) Baile del país.—(N. del T.).

bras slavas que me dice, y no sé comprenderlas aún; este país también es nuevo, y empiezo á amarle como he amado tantos otros.

—¡Pascuala! ¡Pascuala!—llama con acento extranjero la voz triste de todas las noches.

Pascuala se levanta y echa á correr.

Yo vuelvo á bajar á la playa.

VI

Viernes 15 de Octubre.—Día de viento y de lluvia. Grandes borrascas de otoño. El sol aparece de tiempo en tiempo entre los aguaceros.

Pascuala, que pasea sus corderos como de ordinario, me enseña un rinconcillo de la montaña en que los mirtos y los granados están cubiertos de flores como en la primavera; un jardín de otoño, abrigado en el fondo de un barranco. Conoce ella allí un escondrijo de pastora, bajo gruesas piedras, donde nos guarecemos de los chubascos.

Pascuala tiene un hermano mayor que no había yo visto aún. Llega de improviso y me lanza una mirada escrutadora y de desconfianza. Con una

explicación que yo hubiera deseado comprender, dada por Pascuala en slavo, sonríe y me tiende la mano.

Está vestido como un aldeano dalmata. Se llama Juan y es batelero en Rizano. Tiene la misma cara que su hermana, los mismos grandes ojos grises, el cutis bronceado y los cabellos rubios como ella, y el bigote destaca su color claro sobre el color verdoso de sus mejillas.

Juan Ivanovitch me acompaña hasta la orilla del mar. Está muy admirado de cosas que nos son muy familiares; el embarque de un oficial en su bote, los honores del pito, los marineros que se precipitan para ofrecerle la mano, para extender la alfombra tradicional, etcétera. Parece deducir de esto que soy todo un gran señor.

Nunca las montañas del Montenegro me habían parecido bellas de una manera tan extraña como esta tarde. Sobre un fondo moreno, sombrío de nubes de tormenta, iluminadas con color rojo por el sol poniente, con un rojo que no se puede imaginar, con un rojo de brasas vivas que les daba aspecto de incandescentes, aspecto de estar aún en fu-

sión. Grandes murallas de fuego; aspectos grandiosos y aterradores de visiones de apocalipsis.

Reflexión que ha hecho cerca de mí mi amigo Plunkett: «Se cree en el panteísmo contemplando cosas semejantes.» En el momento que él lo decía yo lo pensaba.

VII

Domingo 17 de Octubre.—Pascuala me había dicho que le llevara cuatro florines para comprarse un gorro encarnado. Se los he dado esta tarde, y, muy colérica, los ha arrojado á la maleza.

En seguida se ha echado á llorar y se ha desgarrado las manos para buscarlos á la luz de la luna entre las zarzas. Me los ha devuelto, á excepción de uno que no ha podido encontrar.

Acaso una niña tan linda como Pascuala Ivanovitch tiene defectos ó vicios; importa poco: debe tener, á pesar de esto, algo hermoso en el corazón; en el estado salvaje, la belleza física es incompati-